



HISPANIA NOVA
Revista de Historia Contemporánea

Núm. 15, año 2017

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

<http://www.uc3m.es/hispanianova>

RECENSIONES

Josefina CUESTA, María José TURRIÓN, Rosa María MERINO, *La Residencia de Señoritas y otras redes culturales femeninas*, Ediciones Universidad de Salamanca, Fundación José Ortega y Gasset- Gregorio Marañón, 423 páginas, por **Laura Branciforte** (Universidad Carlos III de Madrid)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2017.3501>

Este año se han cumplido 100 años desde que la Residencia de Estudiantes abriera sus puertas al grupo femenino en octubre de 1915. Han sido muchas las iniciativas que se han desarrollado con motivo de esta efeméride que recuerda el momento a partir del cual un grupo de treinta mujeres, ‘pioneras’, se reunieron en los edificios de la Residencia de Señoritas en el céntrico barrio de Chamberí, en la calle Fortuny 53, y desde allí iniciaron la andadura de la modernización de la educación femenina. Este grupo, bajo la guía de la profesora María de Maeztu, y los auspicios de la Junta de Ampliación de Estudios, dio vida al primer centro creado en España para fomentar la educación superior de las mujeres, para facilitar el acceso de las españolas a los estudios intermedios y universitarios, la formación de las graduadas y su dedicación a la ciencia e investigación. Nombres por todos conocidos que representaron la Edad de Plata de la cultura española, se formaron en la Residencia de Estudiantes. Bailarinas, escritoras, periodistas, actrices, una aviadora, científicas, pintoras habían formado parte de este primer grupo femenino de la Residencia: Victoria Kent, Matilde Huici, Juana Moreno, Clara Campoamor, Carmen de Burgos, Maruja Mallo, Concha Espina, María de Maeztu, o María Zambrano, Elisa Soriano, María Guerrero, Lili Álvarez, así como muchas otras destacadas personalidades de la época que mantuvieron estrechos vínculos con la Residencia. La guerra civil y luego el franquismo truncaron esta experiencia, que sin embargo siguió viviendo en las biografías de estas mujeres y, hoy en día, a través de publicaciones y actividades a ellas dedicadas.

La publicación *La Residencia de Señoritas y otras redes culturales femeninas*, editada por las profesoras e investigadoras Josefina Cuesta, María José Turrión y Rosa María Merino, es un importante homenaje a todas ellas y a quienes apoyaron y auspiciaron estos cambios. El libro cuenta con las contribuciones de otras once investigadoras y una minoría masculina de dos historiadores, –muy bienvenida, eso sí– que se suma a la preponderante mayoría de mujeres que se dedican a la reescritura de la historia de género.

Tengo que reconocer, de entrada, la dificultad de una reseña de una obra de carácter colectivo donde es arduo rendir justicia a cada una de las aportaciones, y que condena a una mera valoración de su conjunto y a pequeñas digresiones referidas a los capítulos. La ventaja de este libro reside, sin embargo, en la posibilidad que ofrece a los lectores, desde distintos puntos de vista, de tener un compendio exhaustivo sobre un tema tan importante como el que se aborda en él. Sin embargo, cabe

destacar, que este volumen, no obstante su título, no se ocupa solo de la Residencia de Señoritas sino también de otros contenidos, por supuesto vinculados, directa o indirectamente, con su eje central. Este libro es, en parte, el fruto de las V Jornadas “Memoria de Mujer”: Universitarias, celebradas en 2014 y cuyo tema explica en parte la variedad de sus capítulos.

En efecto, a la Residencia se dedican, de forma monográfica, tres capítulos, los de Carmen Magallón Portoles, Isabel Pérez-Villanueva Tovar y Álvaro Ribagorda. En la partes restantes, el libro aborda, además de las instituciones laicas y religiosas, la Residencia de Señoritas y las Residencias Teresianas, el Internacional Institute, los centros de promoción de cultura y de sociabilidad femenina de ‘las modernas’, como el Lyceum Club de Madrid a el acceso pionero de las mujeres en algunas facultades (Palencia y Zaragoza) españolas, entre otros temas. Quizás, por lo tanto, el título finalmente se queda corto en relación con la amplitud de los temas afrontados, y su segunda parte “Otras redes culturales” se refiere solo a algunos capítulos del primer bloque.

Aunque no podré detenerme en todas las contribuciones, sí que me gustaría, por lo menos, mencionar aquellos textos que, aunque no se centren exclusivamente en la Residencia de Señoritas, no son por eso, por supuesto, menos relevantes. Pienso en el texto de la escritora Marifé Santiago Bolaños, relata a través de un perfil biográfico, el de la poeta Manuela López, institucionista de la Residencia de Señoritas, describe este lugar de manera muy evocadora, y al mismo tiempo realista, como solo se puede hacer con el relato de una vivencia. Pienso también en Mercedes Gómez Blesa que ofrece, desde luego, una panorámica excelente, desde comienzos de siglo hasta la república, sobre las élites culturales femeninas pertenecientes, como dice la autora, a tres oleadas, “las del 98, 14 y 27 [...] que representan las primeras generaciones de mujeres universitarias, con una clara vocación profesional...” (p. 256).

Dicho lo cual, este libro es una contribución importante en el panorama historiográfico que – desde el pionero libro de Carmen de Zulueta y Alicia Moreno de 1993, pasando por el de Raquel Vázquez Ramil de 2001 y llegando al de Isabel Tovar Villanueva de 2011, solo para citar algunos de referencia – abordan el tema de la formación superior de las mujeres en medio de una muy abundante y cualificada bibliografía. La aportación original de este libro es la pluralidad de sus enfoques, debido, en parte, a la variedad curricular de las autoras, que pertenecen a diversas especialidades: historiadoras e historiadores, una escritora, una ensayista, una antropóloga, un médico de formación, otra doctora en medicina y profesora de historia de la ciencia.

Se aprecia que, de entrada, se confiere mucha importancia, a la luz de la relevancia que tuvo, a la estrecha relación que mantuvo la Residencia de Señoritas, desde el momento de su fundación, con el “International Institute for Girls in Spain”. El modelo estadounidense de educación para las mujeres – como indican las editoras – fue el “surco [que] había sido trazado por las predecesoras norteamericana y británicas” (p.15). A este importante aspecto se dedican tres capítulos: el de Carmen Magallón, el de Montserrat Huguet y el de Margarita Márquez Padorno. De esta primera parte cabe reseñar el amplio aliento internacional de las investigaciones y de la bibliografía empleada, que nos llevan hacia la comprensión del rumbo del emancipacionismo femenino español en sus conexiones con el gran movimiento internacional. Carmen Magallón escribe no solo sobre el Laboratorio Foster, central en su capítulo, sino que concede amplio espacio a las redes internacionales de mujeres y a lo que define con acierto como “corriente de sororidad” (p. 36). Finalmente, refiere sobre cómo esta conexión internacional involucró a las españolas en sus redes y cómo el Laboratorio Foster fue “un caso más del

apoyo a las carreras científicas de las mujeres llegado por la vía de las redes de relación establecidas internacionalmente entre mujeres” (p.65).

De conexión transnacional también nos habla el capítulo de Montserrat Huguet, donde lo que resulta más interesante es la detallada descripción, a través de una amplia bibliografía estadounidense, de la tradición del activismo misional de las mujeres de aquel país, “así como de la simbiosis que hubo entre evangelización y acción social y cultural estadounidense” (p.71). Finalmente y de forma atinada, nos describe cómo se estableció el puente con España a principios de siglo “sus positivas repercusiones en lo que fue uno de los destinos misionales evangélicos” (p. 88). Este texto tiene su continuidad en el de Margarita Márquez Padrono centrado en el International Institute for Girls in Spain y en la importancia del matrimonio Gulick y de Susane Huntington en España y que, en parte, se solapa en estos aspectos con el texto anterior. Este capítulo, más corto con respecto a muchos otros, hecho que ocurre con algunas aportaciones más del libro, tiene el mérito de poner en evidencia la relevancia de las redes que se crean entre estos “misioneros protestante” y “las elites de la educación institucionalista”.

Entre los textos que entran de lleno en la descripción de la Residencia de Señoritas, desde dos focos distintos, figuran el de Isabel Pérez-Villanueva Tovar y el de Álvaro Ribagorda. El primero se adentra en aspectos en parte ya tocados (como el International Institute for Girls in Spain, o que se tratarán después, como el Lyceum Club Femenino), pero, necesarios a la hora de ofrecer, como ha hecho la autora, una visión sintética y completa de la función de la Residencia de Señoritas. Lo que resulta interesante aquí es ver como esta institución favoreció y completó la enseñanza universitaria con la, formación, “senta[ndo] las bases de un nuevo modelo universitario” (p. 153), y lanzó el modelo de una mujer “profesionalmente preparada y activa que aunaba “feminidad y feminismo” (p. 159).

El texto de Ribagorda se dedica a la vida cultural de esta institución aunque tiene, en realidad, un enfoque más amplio de lo que anuncia, dado que trata, como el mismo autor las define, de las “grandes plataformas culturales de la capital” en la Edad de Plata. El objetivo de este capítulo es claro, como afirma el autor: “resaltar de la Residencia de Señoritas su faceta como espacio de “sociabilidad intelectual femenina”; objetivo este último logrado y que Ribagorda había perseguido en estudios suyos anteriores. Se centra en el análisis de algunos aspectos de la Residencia que, todavía, no habían aparecido, como, por ejemplo, la “dosis de control y disciplina”, a la cual estaban sometidas las mujeres, “inexistentes en el grupo masculino”, recalcando este agravio comparativo, como lo subraya la programación cultural diferente entre las dos Residencias. Evidencia, pues, un límite de la Residencia y que no “logró superar”, un límite que fue “acorde[s] a la moral y las costumbres de la época” (p.172). Esta observación del autor e conlleva, sin embargo, un riesgo intrínseco a este discurso, el que se llegue a justificar los límites de esta institución “excesivamente disciplinada y algo puritana” (p. 174), en virtud de la situación discriminada de las mujeres a principio de siglo. Finalmente el autor anima a incluir— como acto de ‘discriminación positiva’ diría yo—la historia de la Residencia a la hora de tratar el tema de la Edad de Plata en aras de una reescritura igualitaria.

Tras algunas anticipaciones en anteriores capítulos se llega a un estudio sistemático y profundizado realizado por Matilde Eiroa de una de las instituciones de la Edad de Plata como lo fue el Lyceum Club, que, junto con la Residencia de Señoritas, nos dan la clave para una normalización no sexuada de la lectura y para la interpretación de este importante momento histórico. Otra vez, este capítulo nos lleva, por supuesto, a resaltar el papel de María de Maetzu como propulsora del proceso de emancipación de las mujeres, en calidad de fundadora del Lyceum Club de Madrid en 1926. La

Residencia de Señoritas y el Lyceum propiciaron, pues, la “promoción y cultura de las intelectuales del entreguerras”. Leyendo este capítulo se pone de manifiesto reforzando estudios anteriores sobre el Lyceum, que este último expresó más plenamente y con mayor libertad la nueva condición querida y alcanzada por las “modernas”, así como luego los conflictos entre unas mujeres siempre más libres y libremente politizadas con la República.

Esta primera parte se cierra con un ‘texto cremallera’ que bien podría ir en esta primera parte, bien en la segunda, según se acepte o no en la historiografía que el Colegio Mayor Femenino Santa Teresa de Jesús marque un camino de continuidad con la Residencia de Estudiantes y, también, si se toma en cuenta la extensión cronológica del texto. La misma autora, Debora Betrisey Nadali, estima que este es todavía “en la actualidad un enigma no resuelto” (p. 268), aunque, por supuesto, a la hora de describirlo deje claro que las relaciones hablan de “acoplamiento” con la Sección Femenina (p. 273) en lo que fue el grupo dirigente (su directora fue Matilde Marquina) y en la formación que recibían, tanto moral como religiosa. Como escribe Debora Betrisey, “pasaba a ser parte de la vida cotidiana de las residentes” crear una “esencia femenina” (p.280).

El segundo y el tercer bloque de este libro, son más cortos en número de páginas, muy coherentes en su articulación interna, aunque eso sí no explícitamente incluidos en el título de este libro. En el segundo bloque se delinea la alternativa que el catolicismo ofrece a las mujeres a través de un feminismo fuerte y eficaz, como fue el feminismo católico y social, pero morigerado. Los dos estudios de Consuelo Flecha y de María Dolores Peralta tienen mucho en común a la hora de presentar esta propuesta formativa del catolicismo social, anterior a la Residencia de Señoritas y que es la Residencia Teresiana de 1914, dirigida sobre todo a la formación de maestras para las alumnas de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio de 1909. Flecha analiza el progresivo aumento de números de inscritas (19 en 1914, 31 en 1920) y sus retratos biográficos, uniendo con maestría, como bien nos ha acostumbrado en sus anteriores obras, una historia cuantitativa con una historia cualitativa, de *vivencias*, tanto las de sus alumnas como las de sus dirigentes.

El ambiente ofrecido por la Residencia Teresiana hizo que, estos rasgos de moralidad cristiana pudiesen compensar los de modernidad en los que vivían estas mujeres, quienes, aunque numéricamente pocas, supieron ‘aprovechar’ esta experiencia para luego cuestionar su “posición en la sociedad” (p. 310). El texto de María Dolores Peralta se centra en una pormenorizada descripción de la Academia Teresiana, viendo cómo, desde las bazas del feminismo católico, se va afirmando parte de un movimiento más amplio como fue la creación de la asociación de Mujeres universitarias de 1931, la Liga Femenina de orientación y cultura, y cómo la eficacia del proselitismo del catolicismo social involucró a las mujeres para introducirlas en el mundo laboral con una formación ya asegurada.

Los últimos dos estudios se desmarcan un poco más del texto en su estructura ideal, incluso cronológicamente, dado que el estudio de Consuelo Miqueo sobre las mujeres en la Facultad de Medicina en la Universidad de Zaragoza se extiende desde el siglo XX hasta hoy en día. El porqué de estos dos estudios muy validos en sí, sobre dos contextos universitarios femeninos concretos, se escapa a la comprensión general del hilo temático del libro, aunque eso no implique, de ninguna manera, que haya de restárseles valor.

Para finalizar podemos decir que el libro aporta, por un lado, una estimulante pluralidad de enfoques para la profundización del tema, mientras que, por otro, se advierte cierta reiteración en

algunos de los contenidos tratados, también, por la abundante bibliografía ya existente sobre la modernización de las mujeres en el primer tercio del siglo XX en España, y a la cual han contribuido, muchos de los autores y autoras que participan en este libro.